

El momento supremo

25 cts.

Número 129

Año III

Protagonista
William Desmond



NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA

JUAN SANCHEZ LA LINEA (CAPIT.)

Novela Popular

Cinematográfica

El momento supremo

Argumento de la interesantísima película del mismo título,
de la marca Universal. Exclusiva de "Hispano American
Film", Valencia, 835.

PROTAGONISTAS:

WILLIAM DESMOND



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA, 15 — BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

Una noticia de la prensa, según la cual se había ofrecido una cantidad fabulosa por los cuadros antiguos que se guardaban en casa de los Puyster, en Riverside Drive, había despertado los temores de la policía respecto a la seguridad de tan valiosos objetos y, al efecto, la morada en donde éstos se guardaban empezó a ser vigilada constantemente y de un modo especial.

A pesar de esto, una noche, dos individuos lograron entrar en donde los cuadros se guardaban. Hubo, por lo tanto, gran revuelo entre los policías y detectives que vigilaban, los cuales, ya que no habían podido evitar la entrada a los dos sospechosos, se dispusieron a caer sobre ellos cuando salieran.

Pero, cuando más atentos estaban, otras dos personas se acercaron, con gran asombro de los vigiladores. Tanto, que uno de éstos se acercó cuanto pudo a los que llegaban, sin duda para ver si tenían también cara de sospechosos. Mas los que llegaban eran nada menos que el dueño de la casa y su criado. El primero, al ver al hombre que se acercaba, tomándolo también por lo que no era, o sea, por un sospechoso, que era por lo que le tomaban a él también, exclamó dirigiéndose a su criado:

—Nos sigue de cerca un hombre. ¿Quién será?

—Me parece, señor, que es un representante de la ley.

—¿Un representante de la ley? ¿Y qué hará aquí?

—No puedo saberlo, señor Puyster. Pero sin duda nada malo.

El que los seguía, oyendo este diálogo, se adelantó y, haciendo una reverencia, fué a decir algo, pero en cuanto hubo dicho las indispensables frases de cortesía, a modo de saludo, el dueño de la casa le dijo, sonriendo:

—¿Me ha sorprendido usted?

—No es nada raro. Usted es el señor Puyster, según he oído, ¿no es así?

—Sí, señor. Soy el señor Puyster.

—Yo creí que estaba usted en Europa.

—Estaba. Pero mi criado y yo hemos regresado esta mañana.

—Yo soy el detective Quinu. Venimos vigilando su casa desde que leímos que en ella se guardaban cuadros de gran valor. Y esta noche, poco antes de que usted llegara, nos ha parecido ver que entraban en ella dos individuos sospechosos.

—¿Hay ladrones en mi casa?

—No lo sé, señor; lo sospecho nada más. Precisamente vigilábamos para cogerlos cuando salieran, si es que están aquí.

—Pero su deber era cogerlos antes de que entraran.

—En efecto. Pero no ha podido ser...

—Bueno. Acompáñeme usted, que tiene el deber de protegerme.

Entraron los tres en la casa. No se oía ni el menor ruido. Todo estaba, al parecer, en orden. Sin embargo, ninguno de los tres se mostraba tranquilo. El criado, atrevido, fué a dar una vuelta por las estancias de la casa. Volvió pronto y dijo:

—No hay nadie en toda la casa, señor Quinu.

—Entonces, pueda retirarme.

—Como quiera—le repuso Puyster; pero acaso

sería conveniente que me dejara usted una buena arma, por si necesito, en el curso de la noche, defenderme.

—Las armas que nosotros usamos son peligrosas en manos de los que no saben manejarlas. Lo siento, pero no puedo dejársela, de ningún modo. Como, si no yo, algunos de mis compañeros seguirán vigilando por los alrededores, no tiene usted más que, en caso de peligro, tocar un silbato cualquiera. En seguida acudirán.

Poco después, Puyster descubrió, con enorme disgusto, que si era verdad que no había ningún hombre en su casa, también lo era que le faltaban algunos de los mejores cuadros de su colección. Escandalizó, gritó, acudieron los policías que vigilaban la casa, pero nada se puso en limpio. Lo único real y cierto, con gran dolor suyo, era que había sido robado. No esperaba pasar en toda su vida un disgusto mayor.

Al día siguiente, por exigencias de su profesión, el detective Quinu fué a visitar a Guillermo Carson, sujeto de vida misteriosa, el cual es el principal protagonista de los sucesos que aquí se van a referir. El detective fué recibido sin temor, como si nada malo se pudiera esperar de él. La tranquilidad con que fué recibido, si bien le sorprendió, no le quitó el ánimo de cumplir la misión que allí le llevaba. Así, pues, dijo, luego de cambiar un simple saludo con Guillermo:

—Siento decirle, Carson, que las sospechas de la estafa de Grandet, cocan todas sobre ti. En efecto, ¿de dónde sale todo ese dinero que vienes derrochando?

—Tú lo sabes mejor que nada, Quinu, que ese dinero es del seguro que cobré por la pérdida del buque de mi tío.

—Así lo creía yo antes, pero ya no lo creo. Desconfío. Me parece que nunca ha habido tal barco.

Guillermo le miró atentamente, como para averiguar sus intenciones. Pero no le contestó nada.

El detective, en tono zumbón, preguntó:

—¿Bajo qué bandera navegaba dicho barco?
¿Bajo la negra?

—No—repuso con tono de firmeza Guillermo.—
Bajo la de las listas y estrellas.

Rió el detective, con clara risa de desconfianza y disponiéndose a marcharse, dijo de nuevo, volviendo al primer tema de su conversación.

—Bueno. Te repito que las sospechas de la estafa de Grandon recaen sobre ti y que, si se comprueba tu culpabilidad, vendré para que me acompañes. Si no te llevo ahora, es porque no tengo ninguna seguridad, y no quiero perjudicarte por simples sospechas.

—Haz lo que quieras, Quinu. Ya sabes que yo tampoco quiero que por mi culpa se te estropee ningún servicio.

Había en estas palabras un deje de ironía que no pasó desapercibido para el detective, pero éste, sonriendo, se despidió. Le parecía que aquella vez Guillermo iba a caer en sus manos con un montón de pruebas, lo cual haría que su carrera empezara la ruta del triunfo.

En cuanto el detective hubo salido, otra persona que había asistido, desde una habitación vecina, a la entrevista, se acercó a Guillermo y le dijo:

—Ese individuo no venía por lo de la estafa, sino por lo de los cuadros de Puyster, pero nos ha querido despistar, créeme. Lo mejor que haríamos sería llevarnos en seguida esos cuadros de aquí. Temo que vuelva, antes de lo que nos figuramos, con un orden de registro. Estoy seguro de que esta visita no ha tenido otro objeto que darnos confianza para que

no retiremos los cuadros y para venir después y encontrarlos aquí.

—Quizás tengas razón.

SEGUNDA PARTE

Después de una larga pausa, Guillermo repitió:

—Quizás tengas razón, en verdad.

—Claro que la tengo. Quinu no ha hecho otra cosa que tratar de despistarnos.

—Pues bien. Vete ahora mismo a la cabaña, con los cuadros. Yo iré después.

Cuando apenas hacía un momento que el amigo de Guillermo había salido, entró de nuevo el detective, sonriendo victorioso. Guillermo le recibió con la misma tranquilidad que la otra vez. Quinu, de súbito, le preguntó:

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—Paseando por la calle.

—¿Está usted seguro?

Nadie puede estar más seguro de sus actos que yo de los míos. Estuve paseando. Durante mi paseo, crucé por frente a los departamentos Holbrock, en cuyo primer piso había fuego. Colaboré, tanto como pude, en sofocarlo. Salvé, primero, a una mujer. Cuando tuve a ésta fuera de las llamas, grité desesperada: «¡Mi hijo! ¡Mi hijo está allí!» Volví a entrar en el piso. Salvé también al niño. No lo refiero para que se tenga en cuenta esto como una heroicidad. Cumplí sencillamente con mi deber. Lo refiero para que sepa usted dónde estuve. Y le hablo de

usted, para imitarle, como hace un rato te hablé de tú por la misma causa.

A medida que Guillermo había ido hablando, el detective había ido palideciendo. Cuando aquél terminó, dijo él:

—En esa casa que dices que hubo fuego, vivo yo con mi mujer y mi hijo. No sé si mientes o dices verdad, pues yo no he podido ir a mi hogar desde que salí ayer de mañana. Es extraño, de todos modos, que yo no sepa nada de ese incendio, que nadie me haya dicho sobre el particular ni una sola palabra. Por mi parte, juraría que habías estado, con otros, desbaliando la casa de Puyster. Pero si no es así, y es cierto lo que me has referido, yo estaré engañado, lo cual me hará maldecir de mi suerte. Tanto, que en ese caso preferiría haberme hundido con el barco de tu tío.

Como el tono en que había hablado Guillermo era de gran sinceridad, el detective, cuando había dicho lo que antecede, se despidió, asegurando que iba a ver si era cierto cuanto Guillermo le había dicho.

A poco, tuvo ocasión de presenciar que la casa en que hasta entonces había vivido, había quedado reducida a escombros por un incendio. Una vecina le dijo que las personas que sólo habían salido con ligeras quemaduras estaban en el hospital de Bellevue. El detective partió hacia allá veloz, olvidándose de todos sus demás deberes. Encontró pronto a su mujer y a su hijo que tenían algunas pequeñas quemaduras sin importancia. Conmovido, abrazó a su mujer diciéndole:

—Hasta hace un momento no he sabido una palabra del incendio. Corrí a casa, asustado, y he visto a lo que ha quedado reducida. Temí que hubieseis perecido quemados.

—Ya ves que no. Gracias a un hombre desconocido, que nos salvó a mí y al niño, con una valentía

admirable. En cuanto nos hubo salvado, desapareció. Todo el mundo le buscaba para felicitarle. El se marchó antes, rehusando este homenaje que tenía merecido.

—¿Y sabes tú como se llama ese hombre?



—Sí; se lo pregunté cuando salvó al niño, diciéndole que toda la vida le estaría agradecida. El hombre que nos ha salvado se llama Guillermo Carson...

—¿Que cosas tiene la vida!

—¿Qué quieres decir con eso, Quinu?

—Figúrate. ¡Ese hombre que te ha salvado la vida y que ha salvado la de nuestro hijo, es un hombre al que yo estaba preparando diez años de presidio por lo menos!

—¡Horror! Supongo, Quinu, que no harás tal cosa.

—Claro que no. Ahora es imposible. Aunque fuera un criminal, yo no podría entregarlo a la justicia. Me parecería entonces que el criminal era yo.

—Haces bien en pensar así. Si yo supiera que un hombre que se ha jugado la vida por mí y por nuestro hijo, sin conocernos, recibía un daño de esa naturaleza de tu parte, temo que llegaría a aborrecerte, tanto que te quiero.

—Tranquilízate, esposa mía. Guillermo Carson no tendrá nunca más que temer nada de mí. Al contrario, le favoreceré tanto como pueda. Ahora mismo voy a ver.

—Llévale, de mi parte, la expresión más sincera de agradecimiento.

Pocos momentos después, en efecto, el detective volvía a entrar en el hogar de Guillermo y éste le recibía, como siempre, con absoluta tranquilidad. El detective, aunque queriendo simular cierta serenidad, no podía ocultar por entero sus sentimientos. Dijo pues:

—Acabo de saber que el relato que me has hecho, antes es cierto en todas sus partes. Y acabo de saber una cosa más importante aun: la mujer y el niño que salvaste del incendio son mi esposa y mi hijo.

—No lo sabía. Lo mismo habría hecho con otras personas. En cuanto a la certeza de lo que había dicho, ya sabes que suelo mentir muy poco, y sólo en cosas de poca importancia.

—Sí, en efecto, ambas cosas. O sea, que no es costumbre tuya mentir, y que habías hecho lo mismo que con mi esposa e hijo con otras personas. Ahora bien, me has desarmado por completo. Después de esto, ya no puedo hacer nada contra ti.

—Haz lo que quieras Quino.

—Te repito que no puedo hacer nada contra ti. Sin embargo, estoy seguro de que tienes participación en el robo de los cuadros. Por lo tanto, te voy

a aconsejar como buen amigo. De mí, nada tienes que temer. Pero otros policías podrían echarte mano y yo ya, entonces, nada podría hacer por favorecerte. ¿Por qué no te vas de aquí?

—¿Y adónde quieres que me vaya?

—Dime: ¿Conoces tú la pequeña ciudad de Kelsey, en Massachusetts?

—No, no conozco esa ciudad.

—Pues es una ciudad muy tranquila. Vete a vivir allí una temporada. Luego, cuando todo se haya tranquilizado, podrás volver.

—Estoy por seguir tu consejo.

—Sí, hombre, síguelo. Será por tu bien, ya lo verás. Sobre todo, si me devuelves los cuadros de Puyster, que yo diré que he encontrado en cualquier parte. Así, nadie se fijará en ti, vivirás allí honradamente un año, y luego podrás volver y emprender una vida nueva.

—De acuerdo, Quino. Es la primera vez que oigo hablar razonablemente a un detective, y esto acaso sea señal de buena suerte.

Rieron los dos, y el detective se marchó, después de despedirse con verdadera cordialidad.

Y unos días después, Guillermo y su amigo, dos extraños forasteros para las gentes del pueblo, fijaron su residencia en Kelsey, condenados acaso a morir de tedio y de aburrimiento, sobre todo cuando tropezaban con el elegante de la pequeña ciudad, que era un tipo de lo más ridículo que se pueda imaginar.

Comentando la situación en que se hallaban, el amigo de Guillermo dijo a éste:

—Preferible hubiera sido que Quino nos hubiese enchiquerado en la cárcel. Por lo menos allí estaríamos entre amigos.

—Quizá si hubiera sido preferible. Quizá no. ¿Quién sabe lo que es preferible en la vida?

Al decir esto Guillermo, pasaban por frente a la morada del banquero de la localidad en la que, la hija de éste, Mildred Day, que nunca veía satisfechos sus caprichos, cantaba, acompañándose con el piano, una bella canción cuyo estribillo decía:

«Por un gusto solamente
cambio todos mis anteojos:
el de apagar con mis labios
el chispeo de tus ojos.»

—Si fuera el chispeo de mis ojos el que esa joven quisiera apagar con sus labios, no se pasaría en este pueblo mal, después de todo—comentó Guillermo.

—No se pasaría aquí tan mal, después de todo—repitió, como en eco, su amigo.

TERCERA PARTE

Como la mayor parte de los banqueros rurales, Carlos Day, el banquero de Kesley, que empezó su carrera siendo dependiente, era entonces el propietario del pueblo. No obstante, ningún día dejaba de visitar el Banco ni de dar toda clase de órdenes. Seguía trabajando, a decir verdad, como cuando no era más que un dependiente.

Aquella mañana, a poco de levantarse, exclamó, como si de pronto recordara algo que se le hubiese olvidado:

—Voy a echar una mirada al Banco.

En seguida de salir de su morada, tropezó con Guillermo y su amigo, a los que miró con desconfian-

za. Todo furastero le parecía una mala persona. Esta enfermedad la suelen padecer casi todas las gentes que tienen dinero. Claro está que unas veces aciertan y otras se engañan. En aquella ocasión, por lo que respecta, sobaladamente, el amigo de Guillermo, el banquero no se engañaba mucho. No es que fuera éste una mala persona, en el estricto sentido de la palabra, pero en el sentido que el banquero podía entender por mala persona, no iba muy descaminado. La mirada que el amigo de Guillermo le dirigió, era clarísima sobre este particular. Parecía decir aquella mirada: «¿Con que gusto participaría de tus riquezas?»

Guillermo, que supo interpretar muy bien aquella mirada, dijo a su amigo:

—Escucha: acuérdate de que estamos aquí para vivir honradamente un año.

—Con gran sentimiento mío.

—No importa que lo sientas. Ya es tarde para arrepentirse. En todo caso, no haber venido. Ahora ya, después de estar aquí, tenemos que cumplir nuestra palabra.

—¿Pero te crees tú capaz de vivir un año de este modo, en este pueblo gris y aburrido?

—Yo soy capaz de todo lo que me propongo.

—No te envidio, puedes creerme. Me gusta la vida activa.

—Hay aquí muchas cosas en que emplear la actividad. El caso es querer. Por mi parte, no tardaré mucho en buscarme cualquier trabajo.

—Puedes estar seguro de que yo no te acompañaré en esa hazaña.

Hablando así, llegaron a la casa en que se hospedaban, que era una de las riendas del pueblo, en donde había una muchacha, hija del dueño, encantadora. Se llamaba June Smart y era estrictamente un producto casero. Pero deliciosa, no tanto por bella, y lo

era mucho, cuanto por ingenua, con una ingenuidad sencilla, admirable y maravillosa. Desde el primer día, Guillermo habría hecho cualquier cosa por servir a aquella muchacha, por ayudarla, por hacerle la vida un poco más distraída.

Verdaderamente, era penosa la situación de aquella muchacha, que constantemente tenía que estar trabajando, pues la tienda no daba para tener criada. Y no daba, por la bondad de ella y por la bondad de su padre, el buen David Smart, que se estaba arruinando por el excesivo crédito que concedía a sus parroquianos, los cuales, abusando de su bondad, casi nunca le pagaban. Todos, cuando se atrevía a pedirles lo que le debían, lo que era para él una labor penosa, le contestaban que ya le pagarían en cuanto pudiesen, y que parecía mentira que él desconfiara de ellos. Pero lo cierto es que no le pagaban y él seguía arruinándose sin desconfiar nunca de nadie. Hasta tal punto llegaron las cosas, que hubo de ir a visitar al banquero para pedirle dos favores: que renovara unas letras que venían por aquellos días, y que le hiciera nuevos préstamos, para lo cual él le firmaría nuevas letras. El banquero, seriamente, le contestó:

—Siento mucho no poder servirte en todo lo que me pides, David. Te renovaré las letras, para que no creas que quiero tu ruina, pero no te daré ni un céntimo más, porque esos céntimos sólo te servirían para los otros y no para ti. Si tuviera la seguridad de que habías de aprovecharte, no te los negaría. Pero no saldrías con ellos de ningún apuro, sino que irían a parar, directamente, a tus poco escrupulosos parroquianos.

Como David no acertara a decir nada, el banquero añadió con firmeza:

—Procura cobrar tus cuentas pendientes, que son muchas, y abrir los ojos para que no te hagan más,

pues para nadie es un secreto de que tus parroquianos te están robando descaradamente.

Amargado, volvió David a su casa. Su hijo intentó consolarle, sin resultado. Guillermo, que lo observaba todo, preguntó qué sucedía, y June, apenada, se lo explicó. Creyendo haber encontrado lo que buscaba, para desarrollar su actividad, pues que era hombre en el que nunca se había cebado la pereza, se dirigió a David, con franca sonrisa y tono amistoso, y le dijo:

—¿Quiere usted que le diga una cosa, señor Smart?

—Diga usted lo que quiera, Guillermo. Le escucho.

—Lo que usted necesita, aquí en la tienda, es un hombre joven, con ideas modernas. Con un hombre así, este almacén puede convertirse, en poco tiempo, en un emporio, como el del otro lado de la calle. Y el hombre que puede lograr eso, señor Smart, soy yo. Me ofrezco para ello, seguro del éxito.

—No basta con la buena voluntad de un hombre para llevar a cabo eso que podría calificarse de milagro. Yo tengo mucha voluntad y ya ve usted lo que consigo: ir de mal en peor.

—Ciertamente, usted tiene mucha voluntad, pero la dedica al bien ajeno, sin preocuparse del suyo. Me libraré muy bien de juzgarle mal por esto. Pero en esta ciudad, y en casi todas las del mundo, el obrar como usted obra no conduce nada más que a la ruina. Las gentes no aprecian a sus bienhechores; se burlan de ellos. Usted es buena prueba de cuanto digo. Todos sus parroquianos se burlan de usted, no sólo dejando de pagarle lo que le deben, sino también haciendo a su costa toda clase de comentarios poco piadosos. Por eso lo que necesita usted aquí es un hombre de ideas modernas. Un hombre que no deje de hacer el bien, pero que sepa

llevar a puerto de prosperidad este negocio que ahora se arruina.

—Quizá tenga usted razón, joven, pero le repito que no basta la voluntad de un hombre para una empresa así. Hace falta, además, dinero en abundancia. En este caso concreto hacen falta, por lo menos, diez mil dólares.

—Espero demostrarle, si me pone a mí al frente del negocio, que se engaña usted.

—Encárguese de él desde hoy mismo.

CUARTA PARTE

Gracias a la actividad desarrollada por Guillermo y al entusiasmo que puso en su trabajo, no pasó mucho tiempo sin que las cuentas atrasadas estuviesen, todas, cobradas, y el almacén en marcha hacia la prosperidad, aunque sin saltos, sino normalmente, de día en día.

En el pueblo se comentaba favorablemente la gestión de Guillermo, excepto por aquellos a quienes había obligado a pagar. Pero aun éstos no dejaban de reconocer que se trataba de un joven de muy buenas prendas. Especialmente entre las jóvenes de la ciudad había una admiración hacia Guillermo extraordinaria. Pero él parecía no haberse enterado de ello. Seguía su trabajo con una fe y un ardor excepcionales, como si dependiese toda su vida futura del resultado de aquella empresa.

Había joven que pasaba, sólo para verlo, por frente de la tienda, dos o tres veces al día. Otras, más decididas, entraban y compraban algo que no

necesitaban, con tal de cruzar la palabra con el hombre que de tal modo había salvado un negocio arruinado. Pero él, con todo y con todos se mostraba indiferente, como si en su mente se estuviera fraguando algún proyecto estupefacto. Sin embargo, nada de



esto había. Podría decirse que aquello no era más que una cuestión de amor propio y que todo lo que hacía no tenía más objeto que proporcionarse la satisfacción de triunfar en un caso difícil, y no por los beneficios del triunfo, sino por el triunfo en sí, cuyo sabor de gloria sólo conocen los hombres de impe-

ta. Indirectamente estaba contento de los resultados que obtenía, porque así ayudaba a June, que había sido su deseo más ferviente desde que llegó al pueblo.

No obstante su indiferencia, un día, detrás del mostrador, tuvo una sensación extraña de plena admiración. Había entrado una mujer hermosísima, que se llamaba Evangelina Clementina Jones y que había empezado a comprender que el dinero no es todo lo que una mujer necesita para su felicidad. Debido a esta comprensión acudía a la tienda para ver el joven de quien todo el mundo hacía elogios. Compró alguna cosa y luego se marchó, pero sin dejar de mirar, hasta con cierto desdoro, a Guillermo.

En cuanto la joven hubo salido, el amigo de Guillermo dijo a éste:

—Esa es la mujer más rica de la ciudad.

—Yo no sabía nada de su riqueza, pero lo cierto es que es una mujer como para volverse loco.

—Tú no tendrías por qué volverte loco. Bien claro se ha visto que le gustas.

—Yo no hablo de mí. Quiero decir que cualquier hombre se volvería loco. Yo, no. Yo, en todo caso, me volvería por otra.

La van a envidiar todas las demás. Eres admirado por todas y a cualquiera que te dirigieras te amaría.

—¡Una cosa bien inesperada por cierto!

—Sí. Hasta a mí mismo, que lo veo, me cuesta trabajo creerlo.

—La verdad es que es imposible entender a las mujeres.

En aquel momento, el padre de una de las jóvenes admiradoras de Guillermo, entró en la tienda y dijo a éste:

Cuento con usted para el martes por la noche. Dicho día se va a presentar mi hija en sociedad y,

en fiesta tan señalada, no queremos que falte usted.

—Agradecido de su invitación. No faltaré.

—No le perdonaría que faltara. Así faltaría a nuestro pueblo lo mejorcito del pueblo.

—Gracias.

—Le hago justicia, señor Guillermo. Nadie de esta ciudad habría sido capaz de hacer lo que usted ha hecho.

—Pues no era preciso para ello gran talento. Bastaba con tener un poco de voluntad.

—Bastaba, sí. Pero, ¿acaso cree usted que hay muchos hombres por el mundo de voluntad? Menos, muchos meros de los que se imagina.

—Me parece que es usted muy pesimista. Yo veo muchos hombres que, por ejemplo, para conquistar a una mujer, ponen una voluntad firme y no por breve tiempo, sino por larga temporada.

—Es, acaso, el ejemplo que me cita, el único en que el hombre persevera. Pero hasta en eso se engaña al creerse conquistador. Todos los hombres son, en esto, un poco simplistas. Lo cierto es que siempre son conquistados y no conquistadores. Cuando andan mucho tiempo detrás de una mujer, es porque ésta no está segura de si merece la pena de ser conquistado quien la sigue.

—Sostiene usted unas cosas que me parecen absurdas.

—Son reales, sin embargo, admirado Guillermo. La mujer es siempre la que conquista al hombre, y no al contrario. Unas conquistan por su sencillez, otras por su ingenuidad, otras por su gentileza, otras por su encanto, otras por su belleza... La lista de los motivos que una mujer encuentra en sí misma para conquistar, sería interminable.

Guillermo quedó complacido de la charla de este hombre y se prometió a sí mismo asistir a la fiesta

a que se le había invitado, pues que aquel señor no merecía, de su parte, una desatención.

Y, en cuanto llegó el martes, vestido un poco convenientemente, aunque a decir verdad no le era preciso, pues que tenía una distinción que podría llamarse innata, acudió a la cita a que había sido invitado.

La fiesta, cuando llegó a su apogeo, habría satisfecho los gustos de todas las gentes felvolas que hay por el mundo. Pero a gentes de más refinado gusto les habría aburrido. Había, sí, mucha luz, muchos perfumes, muchas mujeres bonitas, mucha charla ligera y baladí, mucho ir y venir de parejas que se galanteaban... Pero no había pasión, ni entusiasmo, ni amor, ni ese frenesí que hace bailar los ojos. Y no cabe duda que esto último vale mucho más que lo primero.

Naturalmente, hubo también en la fiesta una colecta para alguna rara asociación. Esto se ha puesto de moda y no falta nunca. Por esto todas las fiestas de sociedad son tan rutinarias y tan aburridas.

Guillermo procuraba distraerse, pero en vano. No lo lograba. Solamente cuando se podía ante él la hija del dueño de la casa, sentía un matiz de satisfacción. Aquella criatura era encantadora. Acordándose de lo que el padre le había dicho cuando fue a invitarle, respecto a lo que constituye en la mujer cualidades conquistadoras, se dijo: «Esta muchacha conquistará por sus ojos. Tiene unos ojos bellísimos, negrísimos, lindísimos. Dicen que las serpientes, con la mirada, sugestionan a ciertos pajarillos. Esta muchacha, con mirada de más fuerza, sugestionará y dominará a los hombres.»

Y como la joven pasara en aquel momento por junto a él, le dijo:

—Hay algo en usted adorable...

—¿Qué es ello? ¿Mis ojos?

—Sí, sus ojos. Compadezo al mortal que se atreva con el hechizo que mana de ellos. Lo compadezo si es usted dominadora. Porque si lo es, hará de él un esclavo obediente y humilde, que se arrastrará por el suelo, si usted se lo exige, por tal de conseguir una mirada de amor de esos ojos suyos, tan bellos, tan negros, tan beebiceros.

QUINTA PARTE

Todos los negocios comerciales en Kefney tenían que llevar el visto bueno del banquero Carlos Day. Cuando éste le negaba el crédito a una casa, aquella casa podía considerarse hundida. De buena gana, envidioso del triunfo de Guillermo, le habría hecho la contra, pero, a pesar suyo, temía y admiraba a aquel muchacho que de tal modo sabía vencer todas las dificultades.

Hablando de esto estaba con su hija, una mañana, cuando recibió una visita inesperada. El recién llegado, a su casa y al pueblo, era un tal Kennedy, que tenía la especialidad de hacer saltar a los banqueros de las pequeñas ciudades. Sin duda alguna con propósitos de esta naturaleza había ido allí. Naturalmente, para no despertar sospechas, iba provisto de recomendaciones para el propio banquero, las cuales presentó sin tardanza, exclamando:

—Aquí están mis cartas de recomendación.

El banquero, después de hojearlas, comentó:

—Perfectamente.

Y la hija del banquero, como si no hubiese llega-

do tal visita, siguió hablando de lo que charlaba con su padre. Refiriéndose a Guillermo, observó:

—Yo creo que lo que hace ese muchacho es maravilloso, papá.

—No tanto, hija mía. Desde luego, tiene mucho mérito.

—¿Se refieren ustedes a Guillermo Carson?—preguntó Kennedy.

—Sí. ¿Le conoce usted?

—Hace mucho tiempo. Pero no sabía que estuviese aquí. En cuanto he llegado lo he sabido. En todas partes no se habla de otra cosa que no sea él. Se diría que es un hombre extraordinario.

Y lo es, señor—repuso la hija del banquero.

Pues yo considero cosa fácil estropearle sus combinaciones.

—Oigame—le interrumpió el banquero:—es inútil ponerse en frente de Carson en esta ciudad. En menos de un año ese joven ha levantado un almacén y lo ha salvado de un desastre que parecía inevitable.

Kennedy, viendo que, por el momento, era inútil decir nada contra Guillermo, entretanto iba ya meditando un plan.

Guillermo regresaba en aquel momento de un viaje a la ciudad, a la que había ido a realizar compras de gran importancia.

A poco le sorprendió la visita de Kennedy, al que recibió con cara de pocos amigos. Este, con cierto tono de camaradería, le dijo:

—Oye, Carson: estoy trabajando el antiguo timo del almacén con el banquero de aquí. Habiendo observado que hace grandes elogios de ti, he planeado hacerte tu asociado para que el timo salga mejor. Podremos emprender la vida de otro tiempo, peligrosa pero divertida. Realizar aquí un timo co-

mo el que hicimos a Grandon sería un éxito formidable.

—Mira, Kennedy—le contestó Guillermo muy seriamente.—Yo fui la primera víctima de aquel timo y me callé. Pero aquí, en Kelsey, te guardarás mucho de repetir una hazaña como aquella, ni de decir una palabra de lo pasado. A mí se me guardan aquí toda clase de consideraciones y no tengo ningún interés en cambiar de vida.

—¿Te desconozco, Guillermo!

—Lo celebro. Y dame un consejo: Toma el tren de esta tarde y vete de aquí, y no vuelvas más.

Kennedy se despidió y, molestando por lo que Guillermo le había dicho, lo que por poco le echaba por tierra su plan, meditó tomar, en seguida, venganza de su antiguo compañero. Al efecto, se fue a casa del banquero y le dijo:

—¿Tiene usted mucho dinero en el Banco, señor Day?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque yo, que vengo tan recomendado a usted, debo serle sincero, Guillermo Carson, al que tanto respetan aquí, es un antiguo timador. Sospecho que toda su honradez es para preparar un golpe en su Banco.

Alarmado, el banquero llamó inmediatamente al dueño del almacén, y éste, todo sorprendido, acudió sin tardanza. En cuanto entró en el despacho, el banquero, que ya le esperaba, le dijo, en tono seco:

—David, tus letras han vencido hace setenta días. Hasta aquí lo he pasado por alto. Pero ya no espero más. Han de ser pagadas mañana por la mañana, a las nueve.

—¿Por qué este apremio tan repentino, señor Day?

—No quiero dar más explicaciones. Las nueve de la mañana de mañana es mi última palabra.

Cuando David volvía a su casa, preocupado, una mujer le dijo que se murmuraba que Guillermo era un antiguo ladrón.

—Si todas las mujeres de esta ciudad me dijeran que el señor Carson había sido un ladrón, yo no lo creería—contestó David, riéndose:—¿Quién ha podido echar a volar esa especie tan injuriosa? Repito que no lo creo, pero, sin embargo, te lo ruego, no digas nada de esto a mi hija Jane. Sería para ella un golpe fatal.

—Ya sabemos que está enamorada del dependiente.

—¿Qué es eso del dependiente? Del dueño, se debe decir, pues que la tienda es suya, ya que él la ha salvado.

A poco llegó a su tienda. De haber llegado un momento antes, habría oído algo que le habría hecho vacilar. En efecto, el amigo de Guillermo le había dicho a éste:

—Como no me saquen pronto de este pueblo, creo, Guillermo, que, siguiendo tu ejemplo, voy a volverme hombre honrado.

Guillermo se había reído de esta sincera confesión y no le había puesto ningún comentario. Cuando intentaba contestar fué cuando llegó David que, todo preocupado e inquieto, le dijo:

—Dáy nos tierra el almacén si mañana por la mañana, a las nueve, no le hemos pagado los diez mil dólares que le debo. No me ha querido dar explicaciones. Yo creo que ese tal Kennedy que ha llegado es quien tiene la culpa de lo que sucede.

Rápido, dominando la situación, Guillermo dijo:

—Todo se arreglará. Dame dos impresos de telegramas.

Redactó en un instante los telegramas y salió para enviarlos, y luego que los hubo enviado, se encaminó al lugar en donde se hospedaba Kennedy.

Se aseguró bien de todas las entradas y salidas de la casa, como asimismo de todas las probabilidades que había para escapar, no él, sino la persona que él persiguiera, con el fin de cerrarle, en toda ocasión, el paso y llevar a cabo, sin temor a imprevi-



tos, lo que se proponía. Lo que iba a hacer era algo muy grave. Algo comparable al momento supremo, pues que aunque él no trataba de hacer daño, bien pudiera suceder que se viera obligado a hacerlo, o, en caso contrario, que le mataran a él, lo cual

suponía ir a buscar, con plena conciencia, el peligro del momento supremo.

Decidido, sin temor, cuando lo hubo observado todo, entró, de un salto, en la habitación de Kennedy. Llevaba preparada un arma con la que, en seguida, encañonó a su adversario, seguro y sin vacilar. Luego, con calma de hombre valeroso, que no teme ni a la muerte, que sabe arrostrar con serenidad hasta el momento supremo, dijo:

—Mis métodos quizá sean un poco anticuados. Pero los fines que persigo lo disculpan todo. Tú vas ahora mismo a escribir los detalles del timo de Grandon y los vas a firmar.

—Guillermo, ¿qué dices?

—Ya lo he dicho. Coge la pluma. Escribe...

SEXTA PARTE

Y Guillermo empezó a dictar los detalles de aquel timo y Kennedy a escribir. Ocupó la relación largo espacio. Terminaba de este modo: «...y hasta que todas las acciones del proyecto Grandon estuvieron vendidas y cobrado el dinero, no dije yo a Guillermo Carson que las tales acciones no tenían valor alguno...»

Después de esto estaba la firma.

Guillermo cogió el documento, lo leyó, vió que estaba bien, se lo guardó y luego hizo que Kennedy le acompañara para poder tenerlo detenido hasta el día siguiente, que lo entregaría a alguien a quien él había telegrafiado.

A la mañana siguiente, David fué a abrir el al-

macón, apenado porque se creía que era la última vez que lo abriría. Guillermo, que llegó un instante después, le animó con palabras esperanzadoras, aunque sin decirle nada concreto. El esperaba, sin embargo, que todo se iba a resolver del mejor modo. Uno de los telegramas que había enviado el día anterior era para el abogado Hilton Strans, que siempre le había guardado sus aborros, dispuestos así para solventar cualquier imprevista dificultad. Aunque no sabía ciertamente cuanto dinero tenía, estaba seguro de que habría los diez mil dólares que eran necesarios. De todos modos, esperaba que el abogado, al que había llamado diciéndole que se trajera su dinero, llegaría de un momento a otro, en auto.

Una de las veces que se asomó a la puerta para ver si aquél llegaba, a quien vió llegar, corriendo y un poco espantado, fué a su amigo, que en cuanto llegó junto a él le dijo:

—¿Sabes quién acaba de llegar a la ciudad? Quinu, el detective Quinu... Sin duda se ha arrepentido de tenernos aquí y viene a detenernos. Yo estoy por huir. Ahora que me he acostumbrado a esta sana libertad del campo, me sabría muy mal que me encerraran en la cárcel.

—No temas nada, amigo mío. Quinu viene llamado por mí, para un asunto muy importante.

—¿Por ti? ¿Qué cosa tan rara!

—Por mí, sí. No hay nada extraño en el mundo. Hay momentos supremos en que todos hacemos las cosas más inesperadas. Todo tiene explicación.

En efecto, Quinu llegaba llamado por Guillermo. El otro telegrama que éste había enviado tenía ese objeto.

—Mira—exclamó el amigo de Guillermo señalando hacia la lejanía.—Por allí viene.

Llegó, en efecto, el detective. Guillermo se adelantó a saludarle, diciéndole:

—Buenos días, señor Quintu.

—Buenos días, Guillermo. Recibí tu telegrama y en seguida me puse en camino. ¿Qué sucede?

Sin contestarle nada por lo pronto, Guillermo entregó al detective el documento que había hecho es-



cribir la noche antes a Kennedy, en el cual no se decía ni una palabra que no fuese cierta. En cuanto el detective acabó de leer aquella confesión, tendió su mano a Guillermo y le dijo:

—Mi enhorabuena, amigo mío. No me sorprende

esta confesión que te exime de toda culpa. Desde que he visto tu comportamiento en este pueblo, del que he estado enterado día por día, adquirí el convencimiento de que eres inocente y estaba tratando de demostrarlo. Esta confesión, oportunísima, me facilita mi trabajo.

Hubo una larga pausa y luego de ella el detective preguntó:

—¿Y dónde está ese Kennedy?

—Lo guardo muy bien para entregárselo, Quintu. Para eso le he llamado primordialmente. Ya tenía preparado aquí otro limo al Banco del pueblo, del que sin duda hubiera tratado de hacerme responsable a mí. Me he adelantado esta vez a su designio.

Dicho esto se ausentó unos momentos y volvió a poco acompañado por Kennedy, del que hizo entrega al detective. Guillermo, con cierta ironía, despidió al timador diciéndole:

—Cuando te dejen libre, Kennedy, vuelve por aquí. Mi hijo te dará trabajo.

—¿Qué hijo? preguntó a Guillermo su amigo.

—El que tenga cuando me case.

Te veo viviendo en este pueblo, honradamente, toda la vida.

—Y tú conmigo, buen camarada.

Quintu se despidió viendo que el diálogo de los dos amigos iba para largo. Pero tampoco el diálogo pudo durar más, porque entonces llegó el abogado a quien Guillermo había llamado, el cual dijo en cuanto estuvo al lado de nuestro protagonista:

—Aquí me tienes. Me puse en camino en seguida. Te traigo todo tu dinero: diez mil dólares. Pero si necesitas más, dispón del mío.

No, no necesito más. Precisamente son diez mil dólares lo que importan las letras que mi principal tiene que pagar. Gracias.

Eran ya cerca de las nueve. Dentro de la tienda,

David y su hija estaban impacientes, sin saber aún lo que les ocurriría, ni si la tienda sería o no cerrada por el banquero.

Guillermo entró con el dinero que su abogado le acababa de entregar, y dijo a David:

—Yo disponía de estos ahorros. Los tenía en la ciudad. Telegrafíe a mi abogado que me los trajera.

—Guillermo, ¿cómo le pagaré a usted lo que hace por nosotros?

—Estas cosas no se pagan ni se cobran, David, ya lo sabe usted lo mismo que yo. Ahora, yo le tengo que pedir un favor de mayor cuantía. Quiero que me conceda usted la mano...

—¿De mi hija?

—Sí, de June, a la que amo y que me ama.

¿Se aman? Ahora me entero. Es decir, sabía que ella te amaba en silencio, pero creí que tú no sabías nada y hasta que mi querida June te era indiferente.

—No es usted buen observador.

—Yo celebro en este caso el haberme equivocado.

June, con toda su ingenuidad, saltó a los brazos de Guillermo, que la recibieron abiertos como un refugio propicio.

En aquel momento, el banquero que se había enterado de todo lo sucedido, llegó a la tienda y gritó desde la puerta:

—David, sus letras quedan renovadas indefinidamente.

Nadie le contestó. Sólo creyó percibir el murmullo de unos besos, besos de éxtasis, de esos que dejan el ánimo gozoso y blando, con apetencia de que lo que es un momento supremo fuera duradero, eterno.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ABT ACOED
AGNES AILES
ITALIA ALMIRANTE MANZINI
MARY ANDERSON
ROSEBUD ARBUCKLE (Patty)
RICHARD BARTHELMES
BENJAMIN BENNETT
ALMAYD BERNAT
FRANCESCA BERTINI
CONSTANCE BIDWORTH
GEORGE BISCOT
ALICE BRADY
ALBERTO CAPOZZI
NARUYA CAPEI
JUNE CAPRIOR
HARRY CARRY (CATENA)
JAWEL CARMEN
IRENE CASTLE
MARGARITA CLARCK
JANE CULW
GRACE CUNARD (Lucille)
ELENA CHADWICK
LON CRANEY
CHARLES CHAPLIN (Charlot)
CHARLES CHAPLIN (Charlot, italiano)
DOOROTHY DALTON
VIOLE DANA
BEBE DANIELS (Mia)
ERLENA DARDY
RAQUEL DAVYRE
PRISCILLA DEAN
CAROL DEMPSTER
REGINALD DENNI
WILLIAM DRYMOND
XENIA DESNI
KATHERINE MAC DONALD
LUCY DORAIN
WILLIE DOVE
WILLIAM DUNOAN
MRS DU-PON
MAXIM ELLIOT
ELIZABETH FAIRBANKS
DOUGLAS FAIRBANKS
FRANKLIN FARNUM
WILLIAM FARNUM
GERALDINE FARRAR
ELISE FERGUSON
MARGARITE FISHER
FRANCOIS FORD (Ganda Hing)
ALDO B. FRANCIS
PAULINA FREDERICK
MAUDE GEORGE
EDUARDO (HOOT) GIBSON
JEQUILINE GODSON

LILLIAN HALL
WILLIAM S. HART
WANDA HAWLEY
SESTU, HAYAKAWA
WALTER HIRSH
HELEN HOLMES
CAROL HOLLOWAY
CLARA HORTON
JACK HOXIE
CHARLES HUTCHINSON
GARRY HUGGS
MARIA JACOBINI
LUTHE JOHNSON
RONALD P. JOUBE
LEATRICE JOY
ALICE JOYCE
DIANA KAMENK
TILDE KASSAT
BUSTER KEATON (Famplina)
MAUDE KENNEDY
DORIS KENTON
NORMAN KERRY
CLARA KIRBALL YOUNG
MOLLY KING
JAMES KIRKWOOD
NATALIA KOWANSKI
LATHA LA PLANTE
DOUGLAS MAC LEAN
VICTORIA LEPANTO
VICTOR LERWIS
ELMO K. LINCOLN
MAX LINDER
ANNA LITTLE
BERT LITTLE
MARGARET LIVINGSTONE
LUISE LORRAINE
BESSIE LOVE
LOISE LOVELY
HAROLD LLOYD (EQ)
MACISTE
CHARLES MAUE
GINETTE MADDIE
LFA MARA
MAE MARSH
MARGARET MARSH
SHIRLEY MASON
H. MATHZ
FRANK MAYO
THOMAS MEIGHAM
MARY MILLS MINER
SANDRA MILLEWASOFF
GASTON MITCHEL
TOM MIX
BLANCHE MONTEL
TOM MOORE

ANTONIO MORRÓN
 JACK MULLHALL
 MAE MURRAY
 RENE NAVABRE
 ALLA NAZIMOVA
 POLA NEGRI
 ANA Q. NILSON
 MABEL NORMAND
 MARIA OSBORNE
 RENA OWEN
 BABY PAGE
 JEAN PAGE
 LUIVO PAVANELLI
 DORIS FAWN
 EILEN PERCY
 HOUSE PETERS
 MARY PHILBIN
 JACK PICKFORD
 MARY PICKFORD
 EDDIE POLO
 BENNY PORTER
 MARIA PREVOST
 PRINCE (Balanchine)
 HERBERT RAWLINSON
 CHARLES RAY
 WALLACE REID
 FRITZI RITQEWAY
 M. RINECKI

CAMILO DE BISSO
 WILL BOMERS
 RUTH ROLAND
 MARCELLE BOLLEST
 WILLIAM RUSSELL
 PATSI RUTH MILLER
 JOE RYAN
 CLARENCE SELWYNN
 LARRY SEMON
 GUSTAVO SERENA
 PAULINE STARR
 ANITA STEWART
 GIORIA SWANSON
 CONSTANCE TALMADGE
 NORMA TALMADGE
 ALICE TERRY
 OLIVE THOMAS
 MADEIRA TRAVESSE
 RODOLFO VALENTINO
 VIRGINIA VALLI
 VERA VIRGANI
 MARIA WALCAMP
 GEORGE WALSH
 GLADIS WALTON
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
 Giro Postal a Publicaciones Mundial, Apartado de Co-
 rreos 925, Barcelona.

005 NPC (129)

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
" " Ceremonies	"	5'— "
" " Blouses	"	5'— "
" " Enfants	"	2'— "
" " Lingerie	"	5'— "
" " Tailleur	"	5'— "
" " Gentlemens	"	5'— "
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Desuentos convencionales a los señores responsables y libreros.

Pedidas acompañando su importe a **Publicaciones Mundial, Barbant, 15. Apartado 425. Barcelona.**